

YANIRA GARCÍA

# ALGO, ALGUIEN, TÚ Y ESAS COSAS QUE PASAN



*Algo, alguien, tú y  
esas cosas que pasan*

*Yanira García Fernández*

Esencia/Planeta

© Yanira García, 2024  
© Editorial Planeta, S. A., 2024  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.esenciaeditorial.com  
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2024  
ISBN: 978-84-08-28275-4  
Depósito legal: B. 368-2024  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## Capítulo 1

### *La venganza se sirve en una caja de cartón*

*Becca*

¿Qué tipos de venganza se os pasan por la cabeza cuando de un ex cabrón se trata?

Mi mente es como una puñetera lavadora centrifugando ideas y todas, en este momento, tienen un denominador común.

«Putéctor, te vas a cagar.» Literalmente hablando, por supuesto.

—Repasemos el plan al detalle —le pido a mi amiga mientras abre el maletero del coche, saca una bolsa de basura negra y comienza a coger el material que necesitamos para llevar a cabo nuestra misión.

—Por favor, ni que fuésemos a deshacernos de un cadáver —se mofa.

Pues también es verdad.

—Vale —cedo.

—Sigo pensando que esto es una tontería, pero, en fin, al lío. Hay que coger a la vaca por los cuernos y...

—Toro —la corrijo.

—¿Toro?

—Coger al toro por los cuernos. La expresión, en realidad, es esa.

—Lo que tú digas. —Me mira y me remeda como si yo fuese

una jodida sabelotodo—. Cogemos al *toro* por los cuernos —imaginaos el hincapié que hace en la palabra en cuestión—, así que luego nos encaminamos los tres a casa de Héctor.

—¿Tres?

Miro a mi alrededor, ¿cómo que tres?

—Hannibal, tú y yo. A ver si te vas a pensar que voy a dejarlo solo en casa; mi amigo va conmigo a todos lados.

Ya, hay cosas que prefiero desconocer.

—Vale —le doy la razón de nuevo. A ver quién es la guapa que decide llevarle la contraria teniendo en cuenta su estado de salud mental—. Respecto a la primera fase del plan, lo echaremos a cara o cruz.

Paz me mira de hito en hito. Niega con la cabeza. Me acojono por si Hannibal decide hacerme una visita en este instante.

—De cara o cruz, nada, Becca. Tu plan es este, el mío es este. —Saca de paseo a Lecter y encima me guiña un ojo.

—Tienes razón. Tú coge la caja, yo iré delante. Mientras hago lo que tengo que hacer, necesito que estés pendiente de todo. Si Pancho nos descubre, nos pegará un tiro.

—A ver si te vas a creer que estamos en el Cercano Oeste.

—Lejano. «Lejano Oeste».

—Puñetera sabionda de los cojones.

Mi amiga refunfuña mientras separa las cosas que necesitamos en distintos montones.

Lo primero que hago es ponerme el mono de trabajo, que no es otra cosa que un par de bolsas de basura que trabo con unas botas de agua y cinta de carroceros. Como asesina en serie o descuartizadora profesional, no tengo precio.

—El negro te sienta de vida...

—Se dice de muer... —rectifico—. Bah, qué coño, nos sienta que te cagas.

Nunca mejor dicho, claro.

Ayudo a Paz a ponerse el suyo y, después, nos colocamos

dos gorros de ducha, nos ponemos una pinza de la ropa en la nariz y unos guantes de lavar los platos. Que, por protección, no quede.

—*Mien*. —Eso es un «bien» que no sale como debe por culpa de la pinza, vaya.

Mi amiga se descojona.

—A ver quién es la que no sabe hablar ahora.

Me quito la pinza de la nariz y me tomo mi tiempo para pronunciar y que lo entienda.

—Calla y atiende. Nos moveremos siendo rápidas, silenciosas y esquivas. Nadie nos pillaré porque somos infalibles.

—Somos el equipo B. —¿Equipo B? Oh, sí, ese mismo, no me molesto en corregirla—. El equipo B de borrachas y buenas muchachas —sentencia Paz.

—Estamos sobrias.

—¿Borrachas de euforia? —pregunta.

Me vale.

Me pongo la pinza de la ropa de nuevo y Paz hace lo mismo con la suya. Caminamos a la par. Abrimos la verja y nos colamos en la granja de Pancho.

—*Espefa* —la freno. Me quito la pinza por segunda vez—. Si nos pilla Pancho, le contamos que hacemos esto por su nieta.

Sí, Pancho, el dueño de la granja, es el abuelo de Alina y de Noel.

—Oído nevera.

—Es... —Paso—. Sigamos.

Cerramos la verja, no vaya a ser que se escapen las ovejas, o las gallinas, o los cerdos. Me entra la risa estúpida al pensar que un cerdo como Héctor debería estar aquí, se sentiría como en casa. Contengo la carcajada cuando llegamos cerca del establo de las vacas.

Un ladrido nos asusta y empiezo a creer que este plan de venganza es una auténtica mierda.

Y sí, de nuevo, nunca mejor dicho.

—Espera —le indico a Paz, que lleva la caja de cartón en las manos.

—No es momento de echarse atrás, Becca.

—No, no, la venganza es mi hermana, a muerte con ella.

—¿Entonces?

—Deberíamos idear un plan de huida... ya sabes, por si una vaca decide atacar a una de nosotras, que la otra la distraiga para poder escapar de sus patas.

Paz se quita la pinza, me mira, abre mucho los ojos, la boca, y entonces me sopla en la cara.

—¿Qué haces?

—Distraerte para que no veas a la vaca que tienes detrás de ti.

¡¿Qué?!

Salto como un resorte, me giro y me doy cuenta de que no hay ninguna vaca y que mi amiga se está burlando de mí.

—Eres lo peor.

—Camina de una vez, tenemos que acabar este trabajo antes de que amanezca.

Avanzamos por fin en silencio y, cuanto más cerca estoy del establo, mejor me siento. No es que esté como en casa, a ver, es que pienso en la cara de Héctor cuando reciba su regalo sorpresa y, bueno, me aplauden hasta las orejas.

Por suerte, las vacas están todas tumbadas en una esquina y ni se molestan cuando entramos.

—Se nota que Pancho les enseña modales —apunta mi cómplice.

—Esta está bien —señalo un moñigo con forma de ensaimada... del diámetro de mi pie; es enorme—. Abre la caja —le pido.

Mi amiga lo hace y yo saco de la cinturilla del pantalón, bajo las bolsas de basura, un cucharón de sopa.

—¿Becca? —Me giro con el artilugio en las manos.

—¿Qué pasa ahora?

—¿Has traído un cucharón?

Apoyo el peso de mi cuerpo sobre la cadera derecha y la señalo con el artefacto.

—A ver si te crees que tengo palas en casa porque supones que soy jardinera, recogedora de mierdas oficial o enterradora en un cementerio.

Paz sopesa mis palabras.

—Tienes razón. No quiero que me invites a nada que se coma con cuchara.

—Pienso tirar el cucharón luego a la basura.

—Eso dejará pruebas.

—Puestos a dejar pruebas, la caja, las bolsas, los guantes y las pinzas de la nariz también lo son.

—Somos unas vengadoras de mierda.

—Villanas, se dice «villanas».

—Lo que tú digas —farfulla una vez más.

—Agáchate, abre la tapa y aguanta.

Alejo la cabeza todo lo que puedo porque... bueno, porque estoy recogiendo una considerable boñiga de vaca, joder; a ver si os vais a pensar que huele a Versace o a Carolina Herrera, no te jode. Y entonces Paz comienza a tener arcadas.

—No respires por la nariz.

Ella se queja... lógicamente; tiene la pinza puesta; yo, con un trozo de la mierda en el cucharón. Como se me caiga encima, me da un jamacuco.

—A ver si te crees que la pinza sirve solo de adorno —farfulla.

—Respira por la boca —insisto a pesar de ser absurdo, ya lo está haciendo—; de esa manera, no notarás el olor... o no respires.

—Ese es un gran consejo...

—Lo sé —la interrumpo.



—... si quieres cargar con la boñiga y con una amiga inconsciente —termina la frase.

Empiezo a creer que la idea de ir a ver a Héctor directamente con el bate era mejor que esta, de veras.

Antes de que proteste de nuevo y con el sonido de sus arcadas de fondo, recojo por fin toda la mierda y la tiro dentro de la caja, para luego ponerle la tapa.

—Si chorrea y me mancha el coche, Hannibal no tendrá piedad contigo.

—Calla y corre, que me parece que las vacas se han enfadado.

## Capítulo 2

### *Lo que me faltaba*

*Noel*

Mi abuelo me ha llamado cinco veces en las últimas tres horas. La primera, para pedirme que tenga cuidado; siempre lo hace cuando me toca turno de noche. Las otras cuatro, en un intervalo de cinco minutos, porque cree que alguien ha entrado en la granja y que pretenden robarle el ganado.

Así que, aquí estoy, en la puerta de su casa, esperando a que salga y me cuente con detalles qué ha pasado.

—Menos mal que has llegado. Han entrado unos ladrones.

—Abuelo...

—Ya sé lo que vas a decirme: que me preocupo por cosas por las que no debería preocuparme —asiento—, que este es un lugar seguro y que nadie en su sano juicio roba animales.

Sí, justo eso le iba a decir.

—Echaré un vistazo si de esa manera te quedas más tranquilo.

—Lo haré.

Oigo pasos tras de mí en cuanto empiezo a andar y me giro.

—¿A dónde crees que vas? Y con un palo de escoba. —Me carcajeo, pero de buen rollo, ¿eh?

—Tú los aturdes y yo les zurro con esta arma. Funciona con los cerdos.

—Abuelo, los cerdos no son ladrones —su cara es un poe-

ma— y además dudo de que los haya. —Asiente sin estar muy convencido—. Espérame en casa, seguro que no es nada —razono.

Cuando me aseguro de que me ha hecho caso —por una vez en la vida—, me acerco hasta mi coche y saco una pequeña linterna de la guantera. Me dirijo a la parte trasera de la vivienda, donde está la verja que da acceso a los establos y corrales.

Mi abuelo ha trabajado toda la vida en esta granja. Y cuando digo «toda la vida», hablo en serio.

La heredó de su padre, toda la propiedad, y la cuidó junto con mi abuela. Hicieron de ella lo que es hoy y, a pesar de que le he pedido en infinidad de ocasiones que deje que otras personas se hagan cargo de la granja, ha sido en vano. Es imposible, no hay forma humana de hacerlo entrar en razón.

Por otra parte, lo entiendo, de veras que lo hago, porque... porque cada espacio, cada rincón de esta finca, guarda recuerdos maravillosos.

Todavía me veo, de crío, pasando días y días aquí, ayudándolo con los animales o los cultivos, incluso con los árboles frutales. Este lugar siempre ha sido mágico para mí.

Para mi tranquilidad, la verja está cerrada. Eso es buena señal, ¿no? Sí, soy de esa clase de polis, de los que se ciñen a las evidencias, porque digamos que, por aquí, no pasa nada normalmente.

Sin embargo, de pronto me doy cuenta de que, a un lado fuera del recinto, no muy lejos, hay un vehículo aparcado y durante unos segundos barajo las distintas opciones; entre ellas, que lo que ha dicho mi abuelo no sea nada descabellado... aunque mucho me temo que en ese coche no caben ni un par de gallinas.

Justo antes de abrir la verja, capto voces... y algo así como unas arcadas, o lo que parecen serlo.

Escondo la linterna y decido agazaparme. Factor sorpresa, lo llaman.

El sonido de unas pisadas y los susurros cada vez están más cerca y distingo lo que creo que son dos figuras femeninas envueltas en...

¿Es una coña?

La verja se abre y entonces caigo en la cuenta de quiénes son. Y, no, no es una broma de mal gusto, o sí, porque, viniendo de ellas, me puedo esperar cualquier cosa.

No me lo puedo creer.

—Paz, joder, deja ya de hacer eso que voy a terminar echando yo la pota.

—Claro, como tú no eres la que lleva la caja.

—Yo llevo esto. —Alza lo que parece... ¿un cucharón? ¿De verdad? ¿Qué coño hacen ellas en la granja de mi abuelo a estas horas y con un cucharón? Por no hablar de su indumentaria...

Me debato entre dejarme ver ya o alargar el momento. Ahí está Becca; hasta con un gorro de ducha y esta guisa me parece bonita.

Ya hablaremos de eso en otra ocasión.

—Puaaaaj.

Eso ha sido otra náusea, sí.

—Ha salido todo bien. Pancho no se ha enterado, las vacas no nos han atacado y la mierda está donde debe estar. —Becca suelta lo que parece resultar un discurso convincente para su amiga, porque Paz, a su lado, asiente. Yo no entiendo nada.

¿Mierda?

Ya he oído suficiente.

—Buenas noches. —Me cuadro como buen poli que soy y las chicas... las chicas intentan esconder lo que tienen en las manos llevándolas hacia atrás.

—Joder, Paz, que me he cagado la espalda.

Esa es la hermana de mi mejor amigo. La joven jodidamente preciosa que me tiene loco.

—En mi coche no te subes. El poli —me señala—, el poli te lleva. Seguro que está acostumbrado a los malos olores —bromea—. Ya me entiendes —me susurra como si de una confidencia se tratase.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —Mi voz suena más dura de lo que pretendía.

—Nada —responden al unísono.

Alzo una ceja; dudo que se percaten de mi gesto y de la sonrisilla que pugna por escaparse de mis labios.

Están como auténticos cencerros.

—Me ha llamado mi abuelo porque pensaba que le estaban robando el ganado —les cuento.

—Ya sabemos que eres un policía de lo más resultón —sentencia Paz.

—Resuelto, Paz quiere decir «resuelto» —la corrige Becca.

Paz farfulla algo que no logro entender y acorto la distancia. Becca le da una pequeña patada y la mancha de... de barro, rezo para que sea barro.

—Tal vez podáis explicarme lo que sucede y así nos reímos todos.

—Cuando te pones serio, me acojonas —comenta Paz.

—A mí, acojonarme, no —suelta Becca.

Sonrío condescendiente.

—Calla, cochina —apunta su amiga.

—Sigo aquí. Esperando la explicación —intervengo en tono serio, por si acaso se dispersan de nuevo.

—Vale, a ver... Necesitábamos obtener una cosa; una cosa que tenemos en esta caja. —La señala.

—¿Qué hay ahí dentro? —No sé si quiero saberlo, de veras os lo digo.

—Mierda —anuncia Paz y otra arcada le sobreviene, grande.

—¿Mierda? —Joder.

—Sí, es que... Queremos hacer un análisis de las cosas que contiene el excremento de vaca.

Paz gira la cabeza y observa a su amiga, que ha sido la emisora de esas palabras... con el gorro, la pinza, los guantes y las bolsas de basura puestos...

Cuando le explique esto a Samuel, se va a descojonar de la risa.

—Ella quiere hacer ese análisis.

—Soy así de especial —se defiende.

Eso sin lugar a duda...

—¿Y no era más sencillo esperar y contárselo a mi abuelo por la mañana? Seguro que te habría dado dos cajas... —Señalo la suya—. Y no hubieses necesitado el cucharón.

—Si es que... Me corriges con rapidez, pero luego no piensas bien las cosas —la acusa su amiga.

—No habría tenido la misma gracia. —Alza los hombros y... ¡Dios!, me tiene loco.

—No pienso preguntar nada más acerca de la recogida de excrementos —zanjo el asunto.

—Haces bien —secunda Becca—, yo en tu lugar tampoco lo haría.

Suspiro, ¿qué voy a hacer con estas chicas? No paran de meterse en líos. Cuando no soy yo el que las encuentra haciendo de las suyas, es Nando.

—Podéis iros. Hablaré con mi abuelo para que sepa que no había ningún ladrón. Ni siquiera le comentaré que os he encontrado aquí porque entonces me haría preguntas que prefiero no tener que responder y ni siquiera quiero saber.

—Entonces... ¿no nos meterás en la cárcel? —pregunta Paz.

—A mí puedes meterme si quieres. Es más, a mí puedes meterme lo que quieras.

—Déjalo ya —le pide Paz y le da un empujón con la caja. Becca abre mucho los ojos y las arcadas las tiene ella.

—Joder, deberías recomendarle a tu abuelo, lo comento como consejo personal, que le cambie la dieta a estos animales, porque no es normal este pestazo. Yo diría que están a punto de cascarla. Desde el cariño te lo digo.

—Y ella, cariño, te tiene muchísimo —apunta Paz pasando por mi lado y mostrándome la caja.

—No haré preguntas al respecto.

Becca me guiña un ojo con descaro y me saca la lengua de forma lasciva.

Si Samuel se enterase de lo mucho que me gusta su hermana, es probable que me hiciera picadillo y que, mañana, los cerdos de mi abuelo me tuvieran en su menú a la hora de la cena.